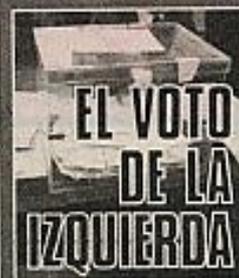


EL VOTO DE LA IZQUIERDA



Votar a la izquierda significa, una vez más —la cuarta—, votar en defensa de la democracia.

Más que votar para gobernar, significa votar para defender unos valores amenazados por la fuerza o por la hipocresía, para evitar, siempre, "lo peor". Para no volver atrás... PÁG. 14

VOTAR a la izquierda significa, una vez más —la cuarta—, votar en defensa de la democracia. Más que votar para gobernar, significa votar para defender unos valores amenazados por la fuerza o por la hipocresía, para evitar, siempre, "lo peor". Para no volver atrás... La fuerza —la amenaza, la violencia, el crimen— es un factor en estas elecciones, como lo fue ya en las anteriores, y pesó sobre el referéndum constitucional. Brota cada día. La hipocresía es una forma apenas sutil de prolongar la dictadura, o de renovarla, amparándose en una superficie democrática, infiltrándose en los mecanismos clásicos demócratas para privarles de su verdadero contenido y dejarlos en un barniz. Está presente en actos de Gobierno, en interpretaciones burocráticas, en la fraseología de algunos programas. La democracia, en sí, es una conquista de la izquierda, forma parte de la filosofía de la izquierda. Nació para ello: los grandes partidos fueron en su origen la unión de los más para no ser dirigidos por los menos, el Parlamento se creó para que una síntesis de la opinión de todos nos gobernara a todos. La democracia, la izquierda, pretendió siempre que el Estado fuese un organismo, no una propiedad privada.

Son los viejos valores, los que ya estaban presentes hace más de dos mil cuatrocientos años en la Grecia de Pericles, los que están otra vez en juego en España, donde han sido siempre maltratados, vilipendiados, humillados y ofendidos; donde quienes los han defendido han sido asesinados, ejecutados, encarcelados, enviados al exilio y al destierro, apartados de los cargos públicos, insultados, retrasados en sus oficios y profesiones, reducidos a una minoría de edad continua, forzados a la pobreza.

Todo esto es lo que tenemos que tener presente cuando votemos en estas elecciones. Más que nombre y figuras, más que cartelones en las calles o minutos en la televisión, más que la pobreza de las imágenes y las palabras de esta campaña electoral especialmente triste que ha oscilado entre la

oquedad de unas propuestas y lo agrio de algunas escenas ásperas, entre la nadería y el insulto. Residuos todos metidos hasta en los partidos y los hombres de la izquierda de un régimen anterior al que hay que combatir: residuos de cuarenta años de retórica sin conceptos auténticos y de soberbia y autoritarismo de quien go-

bierna o quiere gobernar; de quien para imponer su verdad ataca la del otro sin respeto y sin consideración. Y ataca al hombre y no a la idea.

En los viejos huesos de España está todavía metido el frío del franquismo. Hay que expulsarlo: tenemos que expulsarlo de nosotros mismos, como los exorcistas expulsaban los demonios del cuerpo, pero con el hisopo de la racionalidad.

Cuando nos acercamos, ahora, a las urnas, tenemos que tener en cuenta una serie de ideas. La primera, que el voto es una parte de nosotros mismos, y no un acto ritual: que el voto es la consecuencia de una reflexión y el precedente de una continuidad. Es decir, que no basta con votar y esperar que la máquina nos devuelva el premio a nuestra conducta cívica, sino que la conducta cívica es algo permanente que debemos mantener continuamente. La democracia nos devolverá lo que pongamos en ella; ser ciudadano de una dictadura es recibirlo todo de fuera, ser ciudadano de una democracia es proyectarse de dentro hacia fuera. Lo segundo que debemos considerar es que los actuales partidos políticos que representan la democracia serán, a su vez, fruto de lo que nosotros hagamos con ellos: con nuestra afiliación o sólo con nuestro voto. Un partido no es una forma cerrada, y es en sí un microcosmos de la democracia. Están ahora condicionados por muchos factores: desde las reminiscencias de la guerra civil y de la derrota hasta la obsesión por lo posible, pasando por los largos años de persecuciones y exilio, por las presiones internacionales, por la complejidad de un mundo en crisis. Por la falta de cuadros, como consecuencia del desgaste sobre sus dirigentes y sobre sus intelectuales y de la despolitización del régimen anterior. Cuando votemos a estos partidos, debemos pensar que ni sus secretarios generales ni sus direcciones son vitalicios, y sólo representan al partido mientras las bases lo permitan. No es a estos cuadros, solamente, a los que estamos votando, sino a un concepto general de la vida, a un sentido de la justicia social y de la igualdad de oportunidades

y de decisiones, a una forma del reparto de la riqueza, a una devolución de la dignidad humana.

La abstención es una tentación fuerte para muchas personas de la izquierda. Pese a lo que se diga, la abstención no es un delito, ni es una falta de civismo: es una postura determinada que representa, también, un concepto en un momento determinado. Cuando no se sabe decidir, cuando no se sabe escoger, cuando las opciones no son satisfactorias, la abstención representa un estado de ánimo lícito. Es, también, una advertencia: a quien tiene el poder, a quien dirige los partidos. Se les está diciendo que no van por el camino que necesita la mayoría. Pero puede ser también un acto de soberbia o de egotismo. En estas elecciones determinadas, la abstención puede significar un triunfo de aquello que no quiere el hombre de izquierdas que se abstiene. Puede parecer como una sanción negativa al régimen de partidos, al sistema parlamentario, a la democracia en general: una adhesión al régimen anterior que negaba todos esos valores, y negaba también el del voto; y, cuando lo utilizaba, era canalizándolo en provecho propio, manipulándolo y forzándolo —y, en aquellas ocasiones, las abstenciones tenían un sentido positivo—.

Votamos en esta fecha algo más que lo que la superficie nos ofrece: votamos algo más que representantes en el Parlamento. Estamos votando en favor de la democracia y frente a los enemigos de la democracia. Está amenazada en el mundo, está amenazada en España. El simple hecho de que en un breve período hayamos tenido que acudir cuatro veces a las urnas —y una más el próximo 3 de abril— con el mismo estado de ánimo es muy significativo. Acudimos a las urnas como a una barricada: en defensa propia. No es así como deben funcionar unas elecciones legislativas. No se debe votar siempre en el sentido de la defensa propia, ni mucho menos para oponerse a otros: se debe votar para construir, para estar representados en las mejores condiciones en el Parlamento y para que una democracia en marcha trabaje limpiamente en favor de las mejores opciones. Esta reducción al estado de defensa nos recuerda que estamos todavía en una situación irregular, que las estructuras del fascismo están demasiado fuertes y demasiado activas en la vida política nacional, y se manifiestan con la fuerza y con el disfraz, con las tentativas de interrupción de este proceso y con las de continuarlo por otros medios.

No podemos buscar, todavía, otro sentido al acto de votar, realizado desde la izquierda. Requiere una cierta humildad, requiere a veces una abstracción de la conciencia personal. Debemos acudir más a una vieja sabiduría y a una experiencia dolorosa que a un atractivo inmediato. Lo que se juega —una vez más— es esto: tratar de prolongar la vía de la democracia hacia una situación óptima, o caer de nuevo en formas de dictadura, visible o disfrazada. Puede ser que más tarde tengamos la ocasión de proyectarnos de otra forma. Pero no habrá ese "más tarde" si no llevamos adelante estas elecciones que quizá no den a la izquierda la posibilidad de gobernar en lo inmediato, pero que pueden ayudarle a construir una oposición sólida que frene y contenga todas las formas de dictadura que se nos pretenden imponer, y que fuercen soluciones más justas para la amplia crisis nacional. ■

RAMON

HA SIDO
UNA CAMPAÑA
ELECTORAL DE
"GUANTE BLANCO"



SI...



SE CONOCE
QUE NO QUERIAN
DEJAR HUELLAS

